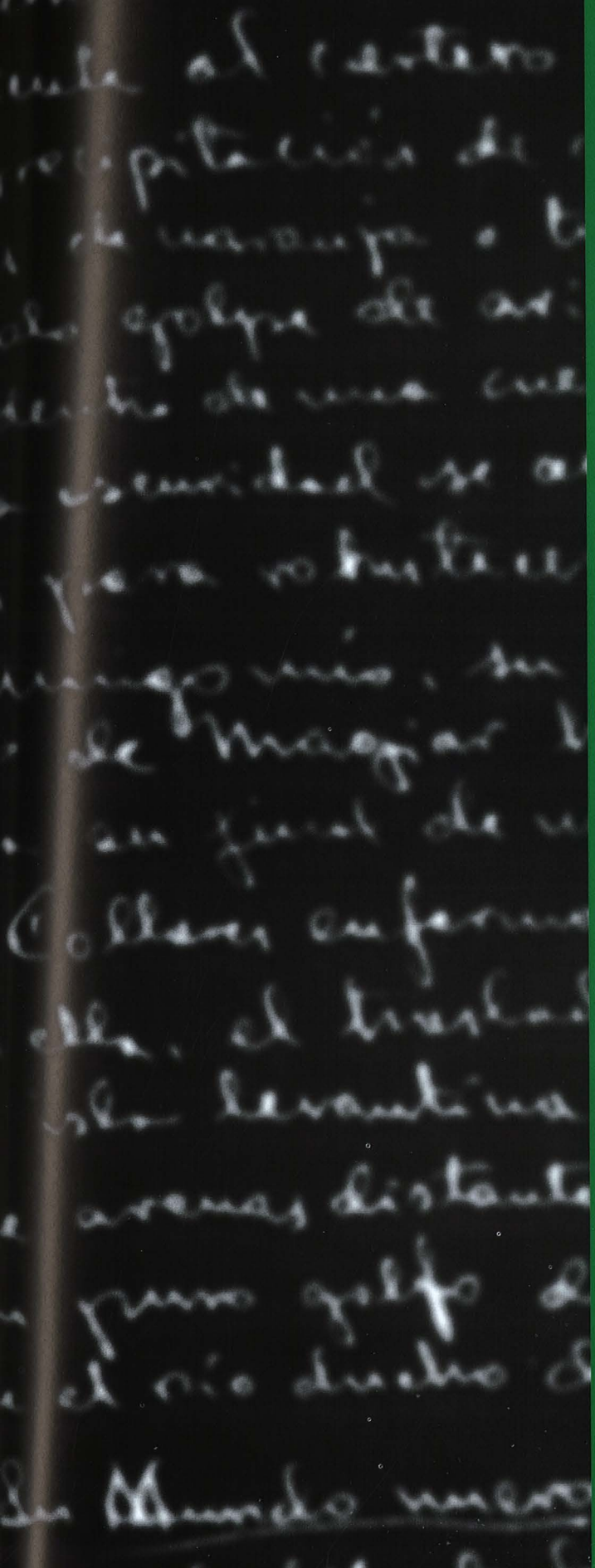

Ocho Poemas Inéditos

de Juan Valencia

Por la tarde incierta...

Por la tarde incierta de noviembre
voy caminando. Las plomizas nubes
anuncian la inminente tormenta.
Glacial el aire, las primeras
gotas de lluvia inundan mi rostro,
mas a pesar de ello
la aridez de la llanura siento.
Monótono y sombrío
es el paraje, y en verdad no tengo
dónde acogerme.
Escruto
en torno en vano y desolada
mi mirada se pierde.
¿Dónde ir, hacia dónde
dirigirme
si es cerrada la noche y sin abrigo?

¿Oh cuánto, cuánto tiempo
al igual que en ésta
interminable noche de noviembre
bajo la tempestad oscura
habré de errar aún sobre la tierra..?

Triste es, triste siempre...

Triste es, triste siempre
saber que cuando
me desvanezca, todo
seguirá en pie, inalterable,
sin señal, ni aparente,
de vacío, de ausencia.
¿Para qué tanto amor
volcado en las cosas
a lo largo
de toda una vida,
si bajo tierra ya me ignoran
o a olvido me relegan?
¿Qué testimonio
quedará de mi paso
sino unos pobres versos
que el tiempo barrerá?
Altos anhelos, sueños,
amor mismo hecho carne,
pensares y sentires
¿a disolución estáis llamados?
¿Esta misma entereza
que ante nada cede
en qué ha de terminar?
Toda una
constelación de actos,
a duración encaminados
cesará para siempre.
La clara luz se apaga
y la noche del hombre
se impone, ineluctable.

De Versos de un solitario (1986-1987)

Silencioso...

Silencioso, con el sol que se va,
a solas en lo nocturno entras.
Mundo de brillantez,
en el que al fin, cuando por amor
acceso a su seno tienes,
el espacio se torna más espacio,
sin medida, el tiempo.

Arrobado ante
su gloria y hermosura,
las palabras no sirven,
decirlas no puedes en palabras.

Y sin embargo en todo
-como en los mares-
rodeada de sus innúmeros orbes
se espejea.

Y es que la noche
tiene como destino
embargar de su gloria
a todo lo que alienta.

De Cantos a la noche (1987)

Creación (I)

I

A veces me sacude un poderoso espíritu.
Yo creo que es la tierra que, en frenesí, asciende
en golpes a mi cuerpo,
a mi carne temblante toda,
llenándome hasta el colmo los oídos
de hondas resonancias, tal la cueva o el mar.
Una virgen mañana, sonriente, a su paso,
una fruta olorosa,
un árbol, mecedor incansable de su frondoso sueño,
un largo río sin nombre;
toda la creación suspensa en un instante
de mí mismo, oidor que me oigo
y repetidor que me repito
por miedo a descubrir mi propio engaño.
Y es que se ha hecho la palabra en mi boca.

II

Yo soy mi pensamiento.
Soy como el mar que canta, golpeándose,
en un ir y venir de sí mismo a sí mismo sin tregua.
Como el mar llego, llego,
pero al final, gimiente rompeolas,
me vuelvo atrás,
atrás, hasta otro nuevo embate.
Me nazco y me destruyo en cada hora
¡oh amargo mar!
sin encontrarme nunca.

Pájaros a la tarde

En la frondosidad, bajo el delirio
de lo azul y lo plácido que vibra
estallado de luz, y boga puro
por el fresco del agua, sobre el oro
marante que ondula,
en la frondosidad, allí, oh alma mía,
recogidos están, callad, cantando.

Oh breves criaturas,
¿por qué entristecéis
con lo eterno mi oído, pues que sólo
lo sostenéis un instante en la brisa,
en lo terso feliz sólo un instante?

Mas ya todo calló. La tarde cede
ante la noche que se aproxima.
En el frondor ahora
todo es quietud completa.

Oh pájaros felices, que en lo fresco,
en lo más hondo y fresco os ocultáis:
¿reanudaréis mañana,
aunque un momento sea,
vuestro dulce cantar por mucha
nostalgia que me deje?

Retorno

Si con la misma levedad
con que la hoja cae,
me desprendiese un día
del árbol de la vida...

Si pasase así, con la misma
sencillez con que pasa
en otoño la hoja
a enriquecer áurea el suelo,

me sentiría radiante
de saber que cooperaba,
al menos una vez,
al cambio continuo,
al cíclico retorno.

Pues el servir a las
fuerzas materiales,
sería, dentro de todo,
nuestro mejor designio.

De Palabra en el tiempo (1988)

Amo éste...

Amo éste mi oscuro
vivir, mi pasar entre las sombras
eternas, transitorio,
sin sagrado, en soledad, errante siempre.
Sé que no saldré nunca de la noche.
Si un día, avenido
con la lumbre del Éter,
conocí la mañana exultante,
pronto
a mi ámbito verdadero
regresé: la alta noche.
Pues criatura
de la noche soy sólo,
criatura que nada sabe,
que no pregunta ya,
y se ha plegado a su destino.
Ignoro, no imagino siquiera
el tiempo que aún
vagaré por aquí,
de la mortalidad la última hora.
De cualquier manera,
y pese a mi oscuro
dolor
la muerte únicamente
me forzaría a abandonar mis lares.
Porque dudo de toda
proyección futura,
y no amo otro mundo sino éste.

Voces...

Voces dicen que has muerto,
que te has desvanecido en la niebla,
que ya eres solamente
una pregunta en las estrellas.
Voces dicen que ya te has ido
donde no caben lágrimas ni pena,
que te has ido a ese vago
país del que no se regresa.
Los días y las noches
que viviste desolado en la Tierra,
no forman parte ya de tu memoria,
instalado en la Nada, en su glacial belleza.
Nadie de ti volverá a saber,
ni aun el espino que en la primavera
te ofrecía su flor blanca,
a orillas de la agreste senda.
Porque te has ido
definitivamente a esa
región de los muertos,
cansado de tu vieja e inerme tristeza.

De Poemas finales (1989-90)